

della y con el fuego ardiente de amor con que apetece lo bueno, enciende en cierta manera luz, con que la razón viene más enteramente en el conocimiento del bien, y de muy conformes y de muy amistados los dos, vienen á ser entre sí semejantes y casi á trocar entre sí sus condiciones y oficios, y el entendimiento levanta luz que aficione, y la voluntad enciende amor que guíe y alumbre, y casi enseña la voluntad, y el entendimiento apetece.

Lo tercero, el sentido y las fuerzas del alma más viles, que nos mueven con ira y deseos, con los demás apetitos y virtudes del cuerpo, reconocen luego el nuevo huésped que ha venido á su casa, y la salud, nuevo valor que para contra ellos le ha venido á la voluntad; y reconociendo que hay justicia en su reino y quien levante vara en él poderosa para escarmentar con castigo á lo revoltoso y rebelde, recógense poco á poco, y como atemorizados se retiran, y no se atreven ya á poner unas veces fuego y otras veces hielo, y continuamente alboroto y desorden, bulliciosos y desasosegados como antes solían; y si se atreven, con una sofrenada la voluntad santa los pacifica y sosiega, y crece ella cada día más en vigor, y creciendo siempre y entrañándose de continuo en ella más los buenos y justos deseos, y haciéndolos como naturales á sí, pega su afición y talante á las otras fuerzas menores, y apartándolas insensiblemente de sus malos siniestros y como desnudándolas dellos, las hace á su condición ó inclinación della misma, y de la ley santa de amor en que está transformada por gracia, deriva también y comunica á los sentidos su parte; y como la gracia, apoderándose del alma, hace como un otro Dios á la voluntad, así ella, deificada y hecha del sentido como reina y señora, cuasi le convierte de sentido en razón. Y como acontece en la naturaleza y en las mudanzas de la noche y del día, que, como dice David en el salmo (a): — En viniendo la noche salen de sus moradas las fieras, y esforzadas y guiadas por las tinieblas, discurren por los campos y dan estrago á su voluntad en ellos, más luego que amanece el día y que apunta la luz, esas mismas se recogen y encuevan; — así el desenfrenamiento fiero del cuerpo y la rebeldía alborotadora de sus movimientos, que cuando estaba en la noche de su miseria la voluntad nuestra caída, discurren con libertad y lo metían todo á sangre y á fuego, en comenzando á lucir el rayo del buen amor y en mostrándose el día del bien, vuelve luego el pie atrás y se esconde en su cueva, y deja que lo que es hombre en nosotros salga á luz y haga su oficio sosegado y pacíficamente y de sol á sol.

Porque, á la verdad, ¿qué es lo que hay en el cuerpo que sea poderoso para desasosegar á quien es regido por una voluntad y razón semejante? ¿Por ventura el deseo de los bienes desta vida le solicitará, ó el temor de los males della le romperá su reposo? ¿Alterarse ha con ambición de honras ó con amor de riquezas, ó con la afición de los ponzoñosos deleites desalentado, saldrá de sí mismo? ¿Cómo le turbará la pobreza al que desta vida no quiere más de una estrecha pasada? ¿Cómo le inquietará con su hambre el grado alto de dignidades y honras al que huella sobre todo lo que se

(a) Psalm. 103, v. 20.

desprecia en el suelo? ¿Cómo la adversidad, la contradicción, las mudanzas diferentes y los golpes de la fortuna le podrán hacer mella al que á todos sus bienes los tiene seguros y en sí? Ni el bien le azozobra ni el mal le amedrenta, ni el alegría lo engrie, ni el temor le encoge, ni las promesas lo llevan, ni las amenazas le desquician, ni es tal que lo próspero ó lo adverso le mude. Si se pierde la hacienda, alégrase, como libre de una carga pesada. Si le faltan los amigos, tiene á Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el odio ó si la envidia arma los corazones ajenos contra él, como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme; en las mudanzas está quieto, y entre los espantos seguro, y cuando todo á la redonda del se arruine, él permanece más firme, y como dijo aquel grande elocuente: — Luce en las tinieblas, y empellido de su lugar, no se mueve. — Y lo postrero con que aqueste bien se perficiona últimamente, es otro bien que nace de aquesta paz interior, y naciendo della, acrecienta á esa misma paz de donde nace y procede. Y este bien es el favor de Dios que la voluntad así concertada tiene, y la confianza que se le despierta en el alma con aqueste favor. Porque ¿quién pondrá alboroto ó espanto en la conciencia que tiene á Dios de su parte? O ¿cómo no tendrá á Dios de su parte el que es una voluntad con él y un mismo querer? Bien dijo Sófoles: — Si Dios manda en mí, no estoy sujeto á cosa mortal. Y cierto es que no me puede dañar aquello á quien no estoy sujeto. —

Así que, de la paz del alma justa nace la seguridad del amparo de Dios, y desta seguridad se confirma más y se fortifica la paz. Y así, David juntó, á lo que parece, aquestas dos cosas, paz y confianza, cuando dijo en el salmo (b): — En paz y en un dormiré y reposaré. — Adonde, como veis, con la paz puso el sueño, que es obra, no de ánimo solícito, sino de pecho seguro y confiado. Sobre las cuales palabras, si bien me acuerdo, dice así san Crisóstomo (c): — Esta es otra especie de merced que hace Dios á los suyos, que les da paz. De paz, dice, gozan los que aman tu ley, y ninguna cosa les es estropezo; porque ninguna cosa hace así paz, como es el conocimiento de Dios y el poseer la virtud, lo cual destierra del ánimo sus perturbaciones, que son su guerra secreta, y no permite que el hombre traiga bandos consigo. Que á la verdad, el que desta paz no gozare, dado que en las cosas de fuera tenga gran paz y no sea acometido de ningún enemigo, será sin duda miserable y desventurado sobre todos los hombres. Porque ni los scitas bárbaros ni los de Tracia ni los sarmatas, ó los indios ó moros, ni otra gente ó nación alguna, por más fiera que sea, pueden hacer guerra tan cruda como es la que hace un malvado pensamiento cuando se lanza en lo secreto del ánimo, ó una desordenada codicia, el amor del dinero sediento ó el deseo entrañable de mayor dignidad, ó otra afición cualquiera acerca de aquellas cosas que tocan á esta vida presente. Y la razón pide que sea así, porque aquella guerra es guerra de fuera, más aquesta es guerra de dentro de casa. Y vemos en todas las cosas que el mal que nace de dentro es mucho más grave

(b) Psalm. 4, v. 9. (c) Chris., sup. dicta verba.

que no aquello que acomete de fuera. Porque al madero la carcoma que nace dentro del le consume más, y á la salud y fuerzas del cuerpo las enfermedades que proceden de lo secreto del le son más dañosas que no los males que le advienen de fuera. Y á las ciudades y repúblicas no las destruyen tanto los enemigos de fuera cuanto las asuelan los domésticos y los que son de una misma comunidad y linaje. Y por la misma manera, á nuestra alma lo que la conduce á la muerte no son tanto los artificios é ingenios con que es acometida de fuera, cuanto las pasiones y enfermedades suyas y que nacen en ella. Por donde si algún temeroso de Dios compusiere los movimientos turbados del ánimo, y si les quitare á los malvados deseos, que son como fieras, que no vivan y alienten, y si, no les permitiendo que hagan cueva en su alma, apaciguare bien esta guerra, ese tal gozará de paz pura y sosegada. Esta paz nos dió Cristo viniendo al mundo. Esta misma desea san Pablo cuando dice en todas sus cartas: — Gracia en vosotros y paz de Dios, padre nuestro. — El que es señor desta paz, no solo no teme al enemigo bárbaro, más ni al mismo demonio, antes hace burla del y de todo su ejército; vive sosegado y seguro, y alentado más que otro hombre ninguno, como aquel á quien ni la pobreza le aprieta ni la enfermedad le es grave, ni le turba caso ninguno adverso de los que sin pensar acontecen; porque su alma, como sana y valiente, se vadea fácil y generosamente por todo. Y para que veais á los ojos que es aquesto verdad, pongamos que es uno envidioso y que en lo demás no tiene enemigo ninguno; ¿qué le aprovechará no tenerle? El mismo se hace guerra á sí mismo, él mismo afila contra sí sus pensamientos, más penetrables que espada. Oféndese de cuanto bien ve, y llágase á sí con cuantas buenas dichas suceden á otros; á todos los mira como á enemigos, y para con ninguno tiene su ánimo desenconado y amable. ¿Qué provecho pues le trae al que es como este, el tener paz por defuera, pues la guerra grande que trae dentro de sí le hace andar discurrendo furioso y lleno de rabia, y tan acosado della, que apetece ser antes traspasado con mil saetas ó padecer antes mil muertes que ver á alguno de sus iguales ó bien reputado ó en otra alguna manera próspero? Demos otro que ame el dinero: cierto es que levantará en su corazón por momentos discordias innumerables, y que acosado de su turbada afición, ni aun respirar no podrá. No es así, no, el que está libre de semejantes pasiones; antes, como quien está en puerto seguro, de espacio y con reposo linche su pecho de deleites sábios, ajeno de todas las molestias sobredichas. —

Esto dice pues san Crisóstomo. Y en lo postrero que dice descubre otro bien y otro fruto que de la paz se recoge, y que en este nuestro discurso será lo postrero, que es el gozo santo que halla en todo el que está pacífico en sí; porque el que tiene consigo guerra, no es posible que en ninguna cosa halle contento puro y sencillo. Porque, así como el gusto mal dispuesto por la demasía de algún humor malo que le desordena, en ninguna cosa halla el sabor que ella tiene, así al que trae guerra entre sí no le es posible gozar de lo puro y de la verdad del buen gusto. En el ánimo con paz so-

segado, como en agua reposada y pura, cada cosa sin engaño ni confusión se muestra cuál es, y así de cada una coge el gozo verdadero que tiene, y goza de sí mismo, que es lo mejor. Porque, así como de la salud y buena afición de la voluntad que Cristo por medio de su gracia pone en el hombre, como decíamos, se pacifica luego el alma con Dios y cesa la rencilla que antes desto había entre el entender y el querer, y también el sentido se rinde, y lo bullicioso del ó se acaba ó se esconde, y de toda esta paz nace el andar el hombre libre y bien animado y seguro; así de todo aqueste amontonamiento de bien nace aqueste gran bien, que es gozar el hombre de sí y poder vivir consigo mismo y no tener miedo de entrar en su casa, como debajo de hermosas figuras, conforme á su costumbre, lo profetiza Miqueas, diciendo lo que en la venida de Cristo al mundo y en la venida del mismo en el alma de cada uno había de acontecer á los suyos (a): — No levantará, dice, espada una nación contra otra, y olvidarán de allí adelante las artes de guerra; y cada uno, asentado debajo de su vid y debajo de su higuera, gozará della, y no habrá quien de allí con espanto le aparte. — Adonde juntamente con la paz hecha por Cristo pone el descanso seguro con que gozará de sí y de sus bienes el que en esta manera tuviere paz.

Más David en el salmo, vuelto á la Iglesia y á cada uno de los justos que son parte della, con palabras breves, pero llenas de significación y de gozo, comprehende todo cuanto habemos dicho muy bien. Dice (b): — Alaba, Jerusalem, al Señor. — Esto es, todos los que sois Jerusalem, poseedores de paz, alabad al Señor. Y aunque les dice que alaben, y aunque parece que así se lo manda, este mandar propiamente es profetizar lo que desta paz acontece y nace, porque, como dijimos, al punto que toma posesión de la voluntad, luego el alma hace paces con Dios, de donde se sigue luego el amor y el loor. Mas añade David: — Porque fortaleció las cerraduras de tus puertas y bendijo á tus hijos en tí. — Dice la otra paz que se sigue á la primera paz de la voluntad, que es la conformidad y el estar á una entre sí todas las fuerzas y potencias del alma, que son como hijos della y como las puertas por donde le viene ó el mal ó el bien. Y dice maravillosamente que está fortalecido y cerrado dentro de sus puertas el que tiene esta paz. Porque, como tiene rendido el deseo á la razón, y por el mismo caso, como no apetece desenfrenadamente ninguno de los bienes de fuera, no puede venirle de fuera ni entrarle en su casa, sin su voluntad, cosa ninguna que le dañe ó enoje, sino cerrado dentro de sí, y bastecido y contento con el bien de Dios que tiene en sí mismo, y como dice el poeta del sabio, liso y redondo, no halla en él asidero ninguno la fuerza enemiga.

Porque ¿cómo dañará el mundo al que no tiene ningunas prendas en él? Y en lo que luego David añade se ve más claramente esto mismo; porque dice así: — Y puso paz en tus términos. — Porque de tener en paz el alma á todo aquello que vive dentro de sus murallas y de su casa, de necesidad se sigue que tendrá también pacífica su comarca; que es decir que no tiene cosa en que los que andan fuera della y al derredor della dañarla

(a) Mich., 4, v. 3. (b) Psalm. 147, v. 1.

puedan. Tiene paz en su comarca porque en ninguna cosa tiene competencia con su vecino ni se pone á la parte en las cosas que precia el mundo y desea, y así nadie le mueve guerra, ni en caso que se la quisiesen mover, tienen en qué hacerla, porque su comarca aun por esta razon es pacífica, porque es campiña rasa y estéril, que no hay viñedos en ella, ni sembrados fértiles, ni minas ricas, ni arboledas, ni jardines, ni caserías deleitosas é ilustres, ni tiene el alma justa cosa que precie que no la tenga encerrada dentro de sí; por eso goza seguramente de sí, que es el fruto último, como decíamos, y el que significa luego este salmo en las palabras que añade: —Y te mantiene con hartura con lo apurado del trigo.—Porque, á la verdad, los que sin esta paz viven, por mas bien afortunados que vivan, no comen lo apurado del pan. Salvados son sus manjares, el desecho del bien es aquello por quien andan golosos, su gusto y su mantenimiento es lo grosero y lo moreno y lo feo, y sin duda las escorias de lo que es sustancia y verdad; y aun eso mismo, tal cual es y en la manera que es, no se les da con hartura. El pacífico solo es el que come con abundancia y el que come lo apurado del bien; para él nace el día bueno, y el sol claro él es el que solamente le ve; en la vida, en la muerte, en lo adverso, en lo próspero, en todo halla su gusto, y el manjar de los ángeles es su perpétuo manjar, y goza dél alegre y sin miedo que nadie le robe, y sin enemigo que le pueda ser enemigo vive en dulcísima y abundosísima paz, divino bien y excelente merced hecha á los hombres solamente por Cristo. Por lo cual, tornando á lo primero del salmo, le debemos celebrar con continuos y soberanos loores, porque él salió á nuestra causa perdida y tomó sobre sí nuestra guerra, y puso nuestro desconcierto en su orden, y nos amistó con el cielo, y encarceló á nuestro enemigo el demonio, y nos libertó de la codicia y del miedo, y nos aquietó y pacificó cuanto hay de enemigo y de adverso en la tierra, y el gozo y el reposo y el deleite de su divina y riquísima paz él nos le dió, el cual es la fuente y el manantial de donde nace, y su autor único, por donde con justísima razon es llamado su príncipe.» Y habiendo dicho aquesto Marcelo, calló. Y Juliano incontinente, viéndole callar, dijo:

«Es sin duda, Marcelo, príncipe de paz Jesucristo por la razon que decís; mas, no mudando eso, que es firme, sino añadiendo sobre ello, paréceme á mí que le podemos tambien llamar así porque con solo él se puede tener aquesto que es paz.» Aquí Sabino, vuelto á Juliano, y como maravillado de lo que decía, «No entiendo bien, dice, Juliano, lo que decís, y traslúceseme que decís gran verdad; y así, si no recibís pesadumbre, me holgaria que os declarádes mas.» «Ninguna, respondió Juliano; mas decidme, pñes así os place, Sabino, ¿entendeis que todos los que nacen y viven en esta vida son dichosos en ella y de buena suerte, ó que unos lo son y otros no?» «Cierto es, dijo Sabino, que no lo son todos.» «Y ¿sonlo algunos?» añadió Juliano. Respondió Sabino: «Sí son.» Y luego Juliano dijo: «Decidme pues, ¿el serlo así es cosa con que se nace ó caso de suerte, ó véneles por su obra é industria?» «No es nacimiento ni suerte, dijo Sabino, sino

cosa que tiene principio en la voluntad de cada uno y en su buena elección.» «Verdad es, dijo Juliano; y habeis dicho tambien que hay algunos que no vienen á ser dichosos ni de buena suerte.» «Sí he dicho,» respondió. «Pues decidme, dijo Juliano, esos que no lo son ¿no lo quieren ser ó no lo procuran ser?» Dijo Sabino: «Lo procuran y apetecen con ardor grandísimo.» «Pues, replicó Juliano, ¿escóndeseles por ventura la buena dicha, ó no es una misma?» «Una misma es, dijo Sabino, y á nadie se esconde, antes, cuanto es de su parte, ella se les ofrece á todos y se les entra en su casa; mas no la conocen todos, y así, algunos no la reciben.» «Por manera que decís, Sabino, dijo Juliano, que los que no vienen á ser dichosos no conocen la buena dicha, y por esta causa la desechan de sí.» «Así es,» respondió Sabino.

«Pues decidme, dijo Juliano, ¿puede ser apetecido aquello de quien el que lo ha de amar no tiene noticia?» «Cierto es, dijo Sabino, que no puede.» «Y ¿decís que los que no alcanzan la buena dicha no la conocen?» dijo Juliano. Respondió Sabino que era así. «Y tambien habeis dicho, añadió Juliano, que esos mismos que no lo son apetecen y aman el ser bienaventurados.» Concedió Sabino que lo había dicho. «Luego, dijo Juliano, apetecen lo que no saben ni conocen; y así, se concluye una de dos cosas, ó que lo no conocido puede ser amado, ó que los de mala suerte no aman la buena suerte; que cada una dellas contradice á lo que, Sabino, habeis dicho. Ved ahora si quereis mudar alguna dellas.» Reparó entonces Sabino un poco, y dijo luego: «Parece que de fuerza se habrá de mudar.» Mas Juliano, tornando á tomar la mano, dijo así: «Id conmigo, Sabino; que podria ser que por esta manera llegásemos á tocar la verdad. Decidme: la buena dicha ¿es ella alguna cosa que vive ó que tiene ser en sí misma, ó qué manera de cosa es?» «No entiendo bien, Juliano, respondió Sabino, lo que me preguntais.» «Ahora, dijo Juliano, lo entenderéis: el avariento, decidme, ¿ama algo?» «Sí ama, dijo Sabino.» «¿Qué?» dijo Juliano. «El oro sin duda, dijo Sabino, y las riquezas.» «Y el que las gasta, añadió Juliano, en fiestas y banquetes, ¿en aquello que hace busca y apetece algun bien?» «No hay duda deso,» dijo Sabino. «Y ¿qué bien apetece?» preguntó Juliano. «Apetece, respondió Sabino, á mi parecer, su gusto propio y su contento.» «Bien decís, Sabino, dijo Juliano luego.

«Mas, decidme, el contento que nace del gastar las riquezas y esas, mismas riquezas, ¿tienen una misma manera de ser? ¿No os parece que el oro y plata es una cosa que tiene substancia, y como que la veis con los ojos y la tocáis con las manos? Mas el contento no es así, sino como un accidente que sentís en vos mismo ó que os imagináis que sentís; y no es cosa que ó la sacáis de las minas, ó que el campo ó de suyo ó con vuestra labor lo produce, y producida, la cogéis dél y la encerráis en el arca; sino cosa que resulta en vos de la posesion de alguna de las cosas que son de tomo, que ó poseéis ó os imagináis poseer.» «Verdad es, dijo Sabino, lo que decís.» «Pues ahora, dijo Juliano, entenderéis mi pregunta, que es, si la buena dicha tiene

ser como las riquezas y el oro, ó como las cosas que llamamos gusto y contento.» «Como el gusto y el contento, dijo Sabino luego; y aun me parece á mí que la buena dicha no es otra cosa sino un perfecto y entero contento, seguro de lo que se teme y rico de lo que se ama y apetece.» «Bien habeis dicho, dijo Juliano; mas si es como el contento ó es el contento mismo, y habeis dicho que el contento es una cosa que resulta en nosotros de algun bien de substancia que ó tenemos ó nos imaginamos tener, necesaria cosa será que de la buena dicha haya alguna cosa de tomo, que sea como su fuente y raiz, de manera que le dé ser dichoso al que la poseyere, cualquiera que él sea.» «Eso, dijo Sabino, no se puede negar.» «Pues decidme, ¿hay una fuente sola ó hay muchas fuentes?» «Parece, dijo Sabino, que hay una sola.» «Con razon os parece así, dijo Juliano entonces, porque el entero contento del hombre en una sola manera puede ser, y por la misma razon no tiene sino una sola causa.

«Mas esta causa, que llamamos fuente, y que, como decís, es una, ¿ámanla y búscanla todos?» «No la aman,» dijo Sabino. «¿Por qué?» respondió Juliano. Y Sabino dijo: «Porque no la conocen.» «Y ¿ninguno, dijo Juliano, deja de amar, como antes decíamos, lo que es buena dicha?» «Así es,» respondió. «Y no se ama, replicó, lo que no se conoce; luego habeis de decir, Sabino, que los que aman el ser dichosos y no lo alcanzan, conocen lo general del descanso y del contento, mas no conocen la particular y verdadera fuente de donde nace, ni aquello uno en que consiste y que lo produce; y habeis de decir que, llevados por una parte del deseo, y por otra parte no sabiendo el camino, ni pueden parar ni les es posible atinar, al revés de los que hallan la buena suerte. Mas decidme, Sabino: los que buscan ser dichosos y nunca vienen á serlo, ¿no aman ellos algo tambien y lo procuran haber como á fuente de su buena dicha, la que ellos pretenden?» «Aman, dijo Sabino, sin duda.» «Y ese su amor, dijo Juliano, ¿hácelos dichosos?» «Ya está dicho que no los hace, respondió Sabino, porque la cosa á quien se allegan y á quien le piden su contento y su bien no es la fuente dél ni aquello de donde nace.» «Pues si ese amor no les da buena dicha, dijo Juliano, ¿hace en ellos otra cosa alguna, ó no hace nada?» «¿No bastará, dijo Sabino, que no les dé buena dicha?» «Por mí, dijo Juliano, baste en buen hora, que no deseo su daño; mas no os pido aquello con que yo por ventura quedaria contento si fuese el repartidor, sino lo que la razon dice, que es juez que no se dobla.» «Paréceme, dijo Sabino, que como el hijo de Priamo, que puso su amor en Elena y la robó á su marido, persuadiéndose que llevaba con ella todo su descanso y su bien, no solo no halló allí el descanso que se prometia, mas sacó della la ruina de su patria y la muerte suya, con todo lo demás que Homero canta, de calamidad y miseria; así, por la misma manera los no dichosos por fuerza vienen á ser desdichados y miserables, porque aman como á fuente de su descanso lo que no lo es, y amándolo así, pídense y búscanlo en ello y trabájanse miserablemente por hallarlo, y al fin no lo hallan; y así, los atormenta juntamente y como en un tiempo el deseo de haberlo y

el trabajo de buscarlo y la congoja de no poderlo hallar; de donde resulta que, no solo no consiguen la buena dicha que buscan, mas, en vez della, caen en infelicidad y miseria.»

«Recojamos, dijo Juliano entonces, todo lo que habemos dicho hasta ahora, y así podremos despues mejor ir en seguimiento de la verdad, pues tenemos de todo lo sobredicho: lo uno, que todos aman y pretenden ser dichosos; lo otro, que no lo son todos; lo tercero, que la causa desta diferencia está en el amor de aquellas cosas que llamamos fuentes ó causas, entre las cuales la verdadera es sola una, y las demás son falsas y engañosas; y lo último, tenemos que, como el amor de la verdadera hace buena suerte, así hace, no solo falta della, sino miseria extremada, el amor de las falsas.» «Todo eso está dicho, mas de todo eso, dijo Sabino, ¿qué quereis, Juliano, inferir?» «Dos cosas infero, dijo Juliano luego: la una, que todos aman, los buenos y los malos, los felices y los infelices, y que no se puede vivir sin amar; la otra, que como el amor en los unos es causa de su buena andanza, así en los otros es la fuente de su miseria, y siendo en todos amor, hace en los unos y en los otros efectos muy diferentes, ó por decir verdad, claramente contrarios.» «Así se infiere,» dijo Sabino. «Mas decidme, añadió Juliano; ¿atreveros heis, Sabino, á buscar conmigo la causa de aquesta desigualdad y contrariedad que en sí encierra el amor?» «¿Qué causa decís, Juliano?» respondió Sabino. «El por qué, dijo Juliano, el amor, que nos es tan necesario y tan natural á todos, es en unos causa de miseria, y en otros de felicidad y buena suerte.» «Claro está eso, dijo Sabino luego; porque, aunque en todos se llama amor, no es en todos uno mismo; mas en unos es amor de lo bueno, y así les viene el bien dél, y en otros de lo malo, y así les fructifica miseria.»

«¿Puede, replicó Juliano, amar nadie lo malo?» «No puede, dijo Sabino, como no puede desamar á sí mismo. Mas el amor malo que digo, llámole así, no porque lo que ama es en sí malo, sino porque no es aquel bien que es la fuente y el minero del sumo bien.» «Eso mismo, dijo Juliano, es lo que hace mi duda y mi pregunta mas fuerte.» «¿Mas fuerte?» respondió Sabino; y ¿en qué manera?» «Destá manera, dijo Juliano; porque, si los hombres pudieran amar la miseria, claro y descubierto estaba el por qué el amor hacia miserables á los que la amaban; mas amando todos siempre algun bien, aunque no sea aquel bien de donde nace el sumo bien, ya que este su amor no los hace enteramente dichosos, á lo menos, pues es bien lo que aman, justo y razonable seria que el amor dél les hiciese algun bien; y así, no parece verdad lo que poco antes asentamos por muy cierto, que el amor hace tambien á las veces miseria en los hombres.» «Así parece,» respondió Sabino. «No os rindais, dijo Juliano, tan presto, sino id conmigo inquiriendo el ingenio y la condicion del amor, que, si la hallamos, ella nos podrá descubrir la luz que buscamos.» «¿Qué ingenio es ese?» respondió Sabino, ó ¿cómo se ha de inquirir?» «Muchas veces habréis oido decir, Sabino, respondió Juliano, que el amor consiste en una cierta unidad.» «Sí he, dijo Sabino,

oído y leído que es unión el amor y que es unidad, y que es como un lazo estrecho entre los que juntamente se aman, y que por ser así, se transforma el que ama en lo que ama por tal manera, que se hace con él una misma cosa.»

«Y ¿pareceos, dijo Juliano, que todo el amor es así?» «Sí parece,» respondió Sabino. «Apolo, dijo Juliano, á vuestro parecer, ¿amaba cuando en la fábula, como canta el poeta, sigue á Dafne, que le huye? O el otro de la comedia cuando pregunta dónde buscará, dónde descubrirá, á quién preguntará, cuál camino seguirá para hallar á quien había perdido de vista, pregunto, ¿amaba también?» «Así, dijo, parece.» «Y ambos, replicó Juliano, estaban tan lejos de ser unos con lo que amaban, que el uno era aborrecido dello, y el otro no hallaba manera para alcanzarlo.» «Verdad es, dijo Sabino, cuanto al hecho, mas cuanto al deseo ya lo eran; porque esa unidad era lo que apetecían, si amaban.» «Luego, dijo Juliano, ¿ya el amor no será él la unidad, sino un apetito y deseo della?» «Así, dijo, parece.» «Pues decidme, añadió Juliano; aquestos mismos, si consiguieran su intento, ó otros cualesquiera que aman, y que lo que aman lo consiguen y alcanzan y vienen á ser uno mismo con ello, ¿dejan de amarle luego, ó amanla todavía también?» «Como puede uno no amar á sí mismo, así podrán, dijo Sabino, dejar de amar al que ya es una misma cosa con ellos.» «Bien decis, dijo Juliano; mas decidme, Sabino, ¿será posible que desece alguno aquello mismo que tiene?» «No es posible,» dijo Sabino. «Y habeis dicho, añadió Juliano, que ya aquestos tales han venido á tener unidad.» «Sí han venido,» dijo. «Luego habeis de decir, replicó Juliano, que ya no la desean ni apetecen.» «Ansí es, dijo, verdad.» «Y es verdad que se aman, añadió Juliano; luego no lo es decir que el amar es desear la unidad.» Estuvo entonces sobre sí Sabino un poco, y dijo luego:

«No sé, Juliano, qué fin han de tener hoy estas redes vuestras, ni qué es lo que con ellas deseais prender. Mas pues así me estrechais, dígoos que hay dos amores ó dos maneras de amar, una de deseo y otra de gozo. Y dígoos que en el uno y en el otro amor hay su cierta unidad, el uno la desea, y cuanto es de su parte la hace, y el otro la posee y la abraza, y se deleita y aviva con ella misma; el uno camina á este bien, y el otro descansa y se goza en él; el uno es como el principio, y el otro es como lo sumo y lo perfecto, y así el uno como el otro se rodea, como sobre quicio, sobre la unidad sola, el uno haciéndola y el otro como gozando della.» «No han hecho mala presa estas que llamais mis redes, Sabino, dijo Juliano entonces, pues han cogido de vos esto que decis ahora, que está muy bien dicho; y con ello estoy yo mas cerca del fin que pretendo de lo que vos, Sabino, pensais. Porque, pues es así que todo amor, cada uno en su manera, ó es unidad, ó camina á ella y la pretende; y pues es así que es como el blanco y el fin del bien querer el ser unos los que se quieren, cosa cierta será que todo aquello que fuere contrario ó en alguna forma dañoso á aquesta unidad, será desabrido enemigo para el amor; y que el que amare, por el mismo caso que ama, padecerá tormento gravísimo todas las veces que, ó le aconteciere algo de lo

que divide el amor, ó temiere que le puede acontecer. Porque, como en el cuerpo siempre que se corta ó que se divide lo uno dél y lo que está ayuntado y continuo, se descubre luego un dolor agudo, así todo lo que en el amor, que es unidad, se esfuerza á poner división, pone por el mismo caso en el alma que ama una miseria y una congoja viva, mayor de lo que declarar se puede.» «Esa es verdad en que no hay duda, dijo entonces Sabino.»

«Pues si en esto no hay duda, añadió Juliano, ¿podréisme decir, Sabino, cuántas y cuáles sean las cosas que tienen esta fuerza, ó que la pretenden tener, de cortar y dividir aquello con que el amor se añuda y se hace uno?» «Tiene, dijo Sabino, esa fuerza todo aquello que á cualquiera de los que aman, ó le deshace en el ser, ó le muda y le trueca en la voluntad, ó totalmente ó en parte, como son, lo primero, la enfermedad y la vejez y la pobreza y los desastres, y finalmente la muerte; y en lo segundo, la ausencia, el enojo, la diferencia de pareceres, la competencia en unas mismas cosas, el nuevo querer y la liviandad nuestra natural. Porque en lo primero la muerte deshace el ser, y así aparta aquello que deshace de aquello que queda con vida; y la enfermedad y vejez y pobreza y desastres, así como disponen para la muerte, así también son ministros y como instrumentos con que este apartamiento se obra. Y en lo segundo, cierto es que la ausencia hace olvido, y que el enojo divide, y que la diferencia de pareceres pone estorbo en la conversacion; y así, apartando el trato, enajena poco á poco las voluntades y las desata para que cada una se vaya por sí; pues con el nuevo amor, claro es que se corta el primero, y manifiesto es que nuestro natural mudable es como una lima secreta, que de continuo, con deseo de hacer novedad, va dividiendo lo que está bien ajuntado.»

«No se dará bien, conforme á eso, Sabino, dijo Juliano entonces, el amor en cualquier suelo.» Respondió Sabino. «¿Cómo no se dará?» Y Juliano dijo: «Como dicen de algunos frutales, que plantados en Persia, su fruta es ponzoña, y nacidos en estas provincias nuestras, son de manjar sabroso y saludable; así digo que se concluye de lo que hasta ahora está dicho, que el amor y la amistad, todas las veces que se plantare en lo que estuviere sujeto á todos ó algunos desos accidentes que habeis contado, Sabino, como planta puesta en lugar, no solo ajeno de su condicion, mas contrario y enemigo de la cualidad de su ingenio, producirá, no fruto que recree, sino tósigo que mate. Y si, como poco antes deciamos, para venir á ser dichosos y de buena suerte nos conviene que amemos algo que nos sea como fuente de aquesta buena ventura, y si la naturaleza ordenó que fuese el medio y el tercero de toda la buena dicha el amor, bien se conoce ya lo que arriba dudábamos, que el amor que se empleare en aquello que está sujeto á las mudanzas y daños que dicho habeis, no solo no dará á su dueño ni el sumo bien ni aquella parte de bien, cualquiera que ella se sea, que posee en sí aquello á quien se endereza, mas le hará triste y miserable del todo. Porque el dolor que le traspasará las entrañas cuando alguno de los casos y de los accidentes que dijistes, Sabino, pues no se excusan, le aconteciere, y el temor perpétuo de que cada hora le pueden acontecer, le convertirán el bien en continua miseria. Y no le valdrá tanto lo bueno que tiene aquello que ama para acarrearle algun gusto, cuanto será poderoso lo quebradizo y lo vil y lo mudable de su condicion para le afligir con perpétuo é infinito tormento.»

«Mas si es tan perjudicial el amor cuando se emplea mal, y si se emplea mal en todo lo que está sujeto á mudanza, y si todo lo semejante le es suelo enemigo, adonde si prende, produce frutos de ponzoña y miseria, ya veis, Sabino, la razon por qué dije al principio que solo Cristo es aquel con quien se puede tener paz y amistad; porque él solo es el no mudable y el bueno, y aquel que cuanto de su parte es, jamás divide la unidad del amor que con él se pone; y así, él es solo el sugeto propio y la tierra natural y feliz adonde florece bienaventuradamente y adonde hace buen fruto esta planta; porque ni en su condicion hay cosa que lo divida, ni se aparta dél por las mudanzas y desastres á que está sujeta la nuestra, como nosotros libremente no lo apartemos dejándole. Que ni llega á él la vejez, ni la enfermedad le enflaquece, ni la muerte le acaba, ni puede la fortuna, con sus desvarios, poner cualidad en él que la haga menos amable. Que, como dice el salmista (a):—Aunque tú, Señor, mismo desde el principio cimentaste la tierra, y aunque son obra de tus manos los cielos, ellos perecerán y tú permanecerás; ellos se envejecerán, como se envejece la ropa, y como se pliega la capa los plegará y serán plegados; mas tú eres siempre uno mismo, y tus años nunca desmengan. Y tu trono, Señor, por siglos y siglos, vara de derechizas la vara de tu gobierno.— Esto es en el ser; que en su voluntad para con nosotros, si nosotros no le huimos primero, no puede caber desamor.»

«Porque si viniéremos á pobreza y á menos estado, nos amará, y si el mundo nos aborreciere, él conservará su amor con nosotros; en las calamidades, en los trabajos y en las afrentas, en los tiempos temerosos y tristes, cuando todos nos huyan, él con mayores regalos nos recogerá á sí. No temeremos que podrá venir á menos su amor por ausencia, pues está siempre lanzado en nuestra alma y presente. Ni cuando, Sabino, se marchitare en vos esa flor de la edad, ni cuando corriendo los años y haciendo su obra, os desfiguraren la belleza del rostro, ni en las canas, ni en la flaqueza, ni en el temblor de los miembros, ni en el frio de la vejez se resfriará su amor en ninguna cosa para con vos. Antes rico para hacer siempre bien, y de riquezas que no se agotan haciéndole, y deseosísimo continuamente de hacerlo, cuando se os acabare todo, se os dará todo él, y renovará vuestra edad como el águila, y vistiéndoos de immortalidad y de bienes eternos, como esposo verdadero vuestro, os ayuntará del todo consigo con lazo que jamás faltará, estrecho y dulcísimo.»

«Mas esto ya toca á vos, Marcelo (dijo Juliano prosiguiendo y volviendo á él), porque es del nombre de Esposo de que últimamente habeis de decir, y de que yo de propósito os he detenido que no dijédes con aquesto que he dicho, no tanto por añadir cosa que importase á vuestras razones, cuanto para que repo-

(a) Psalm. 101, v. 26.

sádes entre tanto vos, y así entrádes con nuevo aliento en aquesto que os resta.» «Vos, Juliano, dijo Marcelo entonces, siempre que habládes, será con propósito y provecho mucho, y lo que habeis hablado ahora ha sido tal, que haceis mal en no llevarlo adelante. Y pues ello mismo os habia metido en el nombre de Esposo, fuera justo que lo prosiguiéades vos, á lo menos siquiera porque entre tanto malo como he dicho yo, tuviera tan buen remate esta plática; que yo os confieso que en este nombre no puede decir lo que hay en él quien no lo ha sabido sentir, y de mí ya conocéis cuán de lejos estoy de todo buen sentimiento.» «Ya conocemos, dijeron juntos Juliano y Sabino, cuán mal sentis de estas cosas, y por esta causa os queremos oír en ellas; demás de que es justo que sea de un paño todo.» «Justo es, dijo Marcelo, que sea todo de sayal, y que á cosa tan grosera no se añada pieza mas fina. Mas, pues es forzoso, será necesario que, como suelen hacer los poetas en algunas partes de sus poesias, adonde se les ofrece algun sugeto nuevo ó mas dificultoso que lo pasado, ó de mayor cualidad, que tornan á invocar el favor de sus musas; así yo ahora torne á pedir á Cristo su favor y su gracia para poder decir algo de lo que en un misterio como aqueste se encierra, porque sin él no se puede entender ni decir.» Y con esto humilló Marcelo templadamente la cabeza hácia el suelo, y como encogiendo los hombros, calló por un espacio pequeño, y luego tornándola á alzar y teniendo el brazo derecho, y en la mano dél, que tenia cerrada, abriendo ciertos dedos della y extendiéndolos, dijo:

§. IV.

Llámase Cristo Esposo, y explicase cómo lo es de la Iglesia, y las circunstancias de este desposorio.

«Tres cosas son, Juliano y Sabino, las que este nombre de Esposo nos da á entender, y las de que nos obliga á tratar: el ayuntamiento y la unidad estrecha que hay entre Cristo y la Iglesia; la dulzura y deleite que en ella nace de aquesta unidad; los accidentes, y como si dijésemos, los aparatos y circunstancias del desposorio. Porque si Cristo es esposo de toda la Iglesia y de cada una de las ánimas justas, como de hecho lo es, manifiesto es que han de concurrir en ello aquestas tres cosas. Porque el desposorio, ó es un estrecho nudo que dos diferentes se reducen en uno, ó no se entiende sin él, y es nudo por muchas maneras dulce, y nudo que quiere su cierto aparato, y á quien le anteceden siempre y le siguen algunas cosas dignas de consideracion. Y aunque entre los hombres hay otros títulos y otros conciertos, ó ordenados por su voluntad dellos mismos ó con que naturalmente nacen así, con que se ayuntan en unas veces mas y otras menos. Porque el título de deudo ó de padre es unidad que hace la naturaleza con el parentesco, y los títulos de rey y de ciudadano y de amigo son respetos de estrechezas con que por su voluntad los hombres se adunan; mas aunque esto es así, el nombre de Esposo y la verdad de este nombre hace ventaja á los demás en dos cosas: la primera, en que es mas estrecho y de mas unidad que

ninguno; la segunda, en que es lazo mas dulce y causador de mayor deleite que todos los otros.

»Y en aqueste artículo es muy digna de considerar la maravillosa blandura con que ha tratado Cristo á los hombres; que, con ser nuestro padre, y con hacerse nuestra cabeza, y con regirnos como pastor, y curar nuestra salud como médico, y allegarse á nosotros, y ayuntarnos á sí con otros mil títulos de estrecha amistad, no contento con todos, añadió á todos ellos aqueste ñudo y aqueste lazo tambien, y quiso decirse y ser nuestro esposo. Que para lazo es el mas apretado lazo; y para deleite, el mas apacible y mas dulce; y para unidad de vida, el de mayor familiaridad; y para conformidad de voluntades, el mas uno; y para amor, el mas ardiente y el mas encendido de todos. Y no solo en las palabras, mas en el hecho es así nuestro esposo, que toda la estrechez de amor y de conversacion y de unidad de cuerpos que en el suelo hay entre dos, marido y mujer, comparada con aquella con que se enlaza con nuestra alma este esposo, es frialdad y tibieza pura. Porque en el otro ayuntamiento no se comunica el espíritu, mas en este su mismo espíritu de Cristo se da y se traspaasa á los justos. Como dice san Pablo (a): El que se ayunta á Dios, hácese un mismo espíritu con Dios. — En el otro así dos cuerpos se hacen uno, que se quedan diferentes en todas sus cualidades; mas aquí así se ayuntó la persona del Verbo á nuestra carne, que osa decir san Juan (b) que se hizo carne. Allí no recibe vida el un cuerpo del otro, aquí vive y vivirá nuestra carne por medio del ayuntamiento de la carne de Cristo. Allí al fin son dos cuerpos en humores é inclinaciones diversos, aquí ayuntado Cristo su cuerpo á los nuestros, los hace de las condiciones del suyo, hasta venir á ser con él cuasi un cuerpo mismo, por una tan estrecha y secreta manera, que apenas explicarse puede. Y así lo afirma y encarece san Pablo (c): — Ninguno, dice; aborreció jamás á su carne, antes la alimenta y la abriga como Cristo á la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne dél y de sus huesos dél. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se ayuntará á su mujer, y serán dos en una carne; este es un secreto y un sacramento grandísimo, mas entendiéndolo yo en la Iglesia con Cristo. —

»Pero vamos declarando poco á poco, cuanto nos fuere posible, cada una de las partes de aquesta unidad maravillosa, por la cual todo el hombre se enlaza estrechamente con Cristo, y todo Cristo con él. Porque primeramente, el ánima del hombre justo se ayunta y se hace una con la divinidad y con el alma de Cristo, no solamente porque las añuda el amor, esto es, porque el justo ama á Cristo entrañablemente, y es amado de Cristo por no menos cordial y entrañable manera; sino tambien por otras muchas razones. Lo uno, porque imprime Cristo en su alma dél, y le dibuja una semejanza de sí mismo viva, y un retrato eficaz de aquel grande bien que en sí mismas contienen sus dos naturalezas, humana y divina. Con la cual semejanza figurando nuestro ánimo, y como vestido de Cristo, parece otro él, como poco há que decíamos, hablando de la virtud de la gracia. Lo otro, porque demás desta imá-

(a) 1, Corint., 6, v. 17. (b) Joan., 1, v. 14. (c) Ephes., 5, v. 29.

gen de gracia que pone Cristo como de asiento en nuestra alma, le aplica tambien su fuerza y su vigor vivo, y que obra y lánzalo por ella toda; y apoderado así della, dale movimiento y dispiértala y hácele que no repose, sino que, conforme á la santa imágen suya, que impresa en sí tiene, así obre y se mence y bulla siempre, y como fuego arda y levante llama, y suba hasta el cielo, ensalzándose. Y como el artífice, que, como alguna vez acontece, primero hace de la materia que le conviene lo que le ha de ser instrumento en su arte, figurándolo en la manera que debe para el fin que pretende; y despues cuando lo toma en la mano, queriendo usar dél, le aplica su fuerza y le menea, y le hace que obre conforme á la forma de instrumento que tiene, y conforme á su cualidad y manera; y en cuanto está así el instrumento, es como un otro artífice vivo, porque el artífice vive en él y le comunica cuanto es posible la virtud de su arte; así Cristo, despues que con la gracia, semejanza suya, nos figura y concierta, en la manera que cumple, aplica su mano á nosotros, y lanza en nosotros su virtud obradora, y dejándonos llevar della nosotros sin le hacer resistencia, obra él, y obramos con él y por él lo que es debido al ser suyo, que en nuestra alma está puesto, y á las condiciones hidalgas y al nacimiento noble que nos ha dado; y hechos así otro él, ó por mejor decir, investidos en él, nace dél y de nosotros una obra misma, y esa cual conviene que sea la que es obra de Cristo.

»Mas ¿por ventura parará aquí el lazo con que se añuda Cristo á nuestra alma? Antes pasa adelante; porque (y sea esto lo tercero, y lo que ha de ser forzosamente lo último), porque nosolamente nos comunica su fuerza y el movimiento de su virtud en la forma que he dicho, mas tambien por una manera que apenas se puede decir, pone presente su mismo Espíritu Santo en cada uno de los ánimos justos. Y no solamente se juntan con ellos por los buenos efectos de gracia y de virtud y de bien obrar que allí hace, sino porque el mismo espíritu divino suyo está dentro dellos presente, abrazado y ayuntado con ellos por dulce y bienaventurada manera. Que así como en la divinidad el Espíritu Santo, inspirado juntamente de las personas del Padre y del Hijo, es el amor, y como si dijésemos, el ñudo dulce y estrecho de ambas; así él mismo, inspirado á la Iglesia, y con todas las partes justas della enlazado, y en ellas morando, las vivifica y las enciende, y las enamora y las deleita, y las hace entre sí y con él una cosa misma. — Quien me amare, dice Cristo (d), será amado de mi Padre, y vendrémos á él y harémos morada en él. — Y san Pablo (e): — La caridad de Dios nos es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado. — Y en otra parte dice (f) que nuestros cuerpos son templo suyo, y que vive en ellos y en nuestros espíritus. Y en otra (g), que nos dió el espíritu de su Hijo, que en nuestras almas y corazones á boca llena le llama Padre y mas Padre. Y como aconteció á Eliseo con el hijo de la huésped muerta (h), que le aplicó primero su báculo, y se ajustó con él despues, y lo último de todo le comunicó su aliento y espíritu;

(d) Joan., 14, v. 23. (e) Rom., 5, v. 5. (f) 1, Corint., 3, v. 16. (g) Rom., 8, v. 15. (h) 1, Reg., 17, v. 22.

así en su manera es lo que pasa en este ayuntamiento y en este abrazo de Dios; que primero pone Dios en el alma sus dones, y despues aplica á ella sus manos y rostro, y últimamente le infunde su aliento y espíritu, con el cual la vuelve á la vida del todo, y viviendo á la manera que Dios vive en el cielo, y viviendo por él, dice con san Pablo (a): — Vivo yo, mas no yo, sino vive en mí Jesucristo. —

»Esto pues es lo que hace en el alma, y no es menos maravilloso que esto lo que hace con el cuerpo, con el cual ayunta el suyo estrechísimamente. Porque, demás de que tomó nuestra carne en la naturaleza de su humanidad, y la ayuntó con su persona divina con ayuntamiento tan firme, que no será suelto jamás, el cual ayuntamiento es un verdadero desposorio, ó por mejor decir, un matrimonio indisoluble celebrado entre nuestra carne y el Verbo, y el tálamo donde se celebró fué, como dice san Agustín, el vientre purísimo. Así que, dejando esta union aparte que hizo con nuestra carne, haciendo la carne suya, y vistiéndose della, y saliendo en pública plaza, en los ojos de todos los hombres, abrazado con ella, tambien esta misma carne y cuerpo suyo, que tomó de nosotros, lo ayunta con el cuerpo de su Iglesia y con todos los miembros della, que debidamente le reciben en el Sacramento del altar; allegando su carne á la carne dellos, y haciéndola cuanto es posible con la suya misma. — Y serán, dice (b), dos en una carne. Gran sacramento es este, pero entendiéndolo yo de Cristo y de la Iglesia. — No niega san Pablo decirse con verdad de Eva y de Adán aquello: — Y serán una carne los dos; — de los cuales al principio se dijo; pero dice que aquella verdad fué semejanza de aqueste otro hecho secreto, y dice que en aquello la razon dello era manifiesta y descubierta razon; mas aquí dice que es oculto misterio.

»Y á este ayuntamiento real y verdadero de su cuerpo y el nuestro miran tambien claramente aquellas palabras de Cristo (c): — Si no comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros. — Y luego, ó en el mismo lugar: — El que come mi carne y bebe mi sangre, queda en mí, y yo en él. — Y ni mas ni menos lo que dice san Pablo (d): — Todos somos un cuerpo los que participamos de un mismo mandamiento. — De lo cual se concluye que, así como por razon de aquel tocamiento son dichos ser una carne Eva y Adán; así, y con mayor razon de verdad, Cristo esposo fiel de su Iglesia, y ella esposa querida y amada suya por razon deste ayuntamiento que entre ellos se celebra, cuando reciben los fieles dignamente en la hostia su carne, son una carne y un cuerpo entre sí. Bien y brevemente Teodoreto sobre el principio de los *Cantares* y sobre aquellas palabras dellos: — Beséme de besos de su boca; — en este propósito dice desta manera: — No es razon que ninguno se ofenda de aquesta palabra de beso; pues es verdad que al tiempo que se dice la misa, y al tiempo que se comunica en ella, tocamos al cuerpo de nuestro Esposo, y le besamos y le abrazamos, y como con esposo, así nos ayuntamos con él. — Y san Crisóstomo dice mas larga

(a) Galat., 2, v. 20. (b) Ephes., 5, v. 31. (c) Joan., 6, v. 54. (d) 1, Corint., 10, v. 17.

y mas claramente lo mismo: — Somos, dice, un cuerpo, y somos miembros suyos hechos de su carne y hechos de sus huesos. Y no solo por medio del amor somos uno con él, mas realmente nos ayunta y como convierle en su carne por medio del manjar de que nos ha hecho merced. Porque, como quisiese declararnos su amor, enlazó y como mezcló con su cuerpo el nuestro, y hizo que todo fuese uno, para que así quedase el cuerpo unido con su cabeza, lo cual es muy propio de los que mucho se aman. Y así, Cristo, para obligarnos con mayor amor y para mostrar mas para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que le aman, sino quiere ser tambien tocado dellos y ser comido, y que con su carne se engiera la dellos, como diciéndoles: — Yo deseé y procuré ser vuestro hermano, y así por este fin me vestí, como vosotros, de carne y de sangre, y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, eso mismo yo ahora os lo doy y comunico. —

Aquí Juliano, asiendo de la mano de Marcelo, le dijo: «No os canseis en eso, Marcelo; que lo mismo que dicen Teodoreto y Crisóstomo, cuyas palabras nos habeis referido, lo dicen por la misma manera cuasi toda la antigüedad de los santos, san Irineo, san Hilario, san Cipriano, san Agustín, Tertuliano, Ignacio, Gregorio Niseno, Cirilo, Leon, Focio y Teofilato. Porque, así como es cosa notoria á los fieles que la carne de Cristo debajo de los accidentes de la hostia recibida por los cristianos, y pasada al estómago por medio de aquellas especies, toca á nuestra carne, y es nuestra carne tocada della; así tambien es cosa en que ninguno que lo hubiere leído puede dudar, que así las sagradas letras como los santos doctores usan por esta causa de aquesta forma de hablar, que es decir que somos un cuerpo con Cristo, y que nuestra carne es de su carne, y de sus huesos los nuestros; y que no solamente en los espíritus, mas tambien en los cuerpos estamos todos ayuntados y unidos. Así que estas dos cosas ciertas son y fuera de toda duda están puestas. Lo que ahora, Marcelo, os conviene decir, si nos queréis satisfacer, ó por mejor decir, si deseais satisfacer al sugeto que habeis tomado y á la verdad de las cosas, es declarar cómo por solo que se toque una carne con otra, y solo porque el un cuerpo con el otro cuerpo se toquen, se puede decir con verdad que son ambos cuerpos un cuerpo y ambas carnes una misma carne, como las sagradas letras y los santos doctores, que así las entienden, lo dicen. ¿Por ventura no toco yo ahora con mi mano á la vuestra, mas no por eso son luego un mismo cuerpo y una misma carne vuestra mano y mi mano?»

«No lo son sin duda, dijo Marcelo entonces, ni menos es un cuerpo y una carne la de Cristo y la nuestra solamente porque se tocan cuando recibimos su cuerpo, ni los santos por solo este tocamiento ponen esta unidad de cuerpos entre él y nosotros, que los pecadores que indignamente le reciben tambien se tocan con él; sino porque tocándose ambos por razon de haber recibido dignamente la carne de Cristo, y por medio de la gracia que se da por ella viene nuestra carne á remedar en algo á la de Cristo, haciéndosele se-